

EL HIJO DEL HOMBRE TIENE QUE PADECER

(Marzo 1993)

Todos nosotros, como Pedro, a quien Jesús dijo en una ocasión esa frase, quisiéramos, queridos hermanos y hermanas, responderle al Salvador: Señor, ¿por qué tiene esto que suceder?, ¿por qué ese dolor tuyo y también por qué esos dolores nuestros?

Dios nos ha creado para que seamos felices, nos lo vuelve a repetir el Catecismo de la Iglesia Católica. Nos lo dice también, desde lo hondo de nuestro ser, el ansia inmensa de felicidad que llevamos siempre con nosotros. Mas los seres humanos, que no han errado en pretender la felicidad, sí se han extraviado en el modo de procurarla.

Un culto desenfrenado a los gozos sensibles ha igualado equivocadamente felicidad y placer. Se pierde así el sentido del esfuerzo, del trabajo, del dominio personal que es fuente de equilibrio y condición de la felicidad, se escapan los instantes agradables de la vida cotidiana: compartir sosegadamente en familia o jugar un rato con un niño, persiguiendo a menudo proyectos que parecen proporcionar más placer y que se vuelven inalcanzables e incluso peligrosos para la estabilidad de la misma persona y de su familia. La adicción al alcohol, a las drogas, al sexo, a los juegos de azar, son algunos de los caminos, exclusivos o simultáneos, por donde el hombre y la mujer de hoy pueden transitar en la falsa percepción de que placer es igual a felicidad.

Otra vía torcida hacia la felicidad consiste en identificarla con la posesión de bienes materiales, de cosas que se buscan ansiosamente como necesarias. No me refiero a los bienes materiales imprescindibles para alimentarse, mantenerse limpios, vivir en un lugar adecuado y acogedor o disfrutar convenientemente del descanso y la recreación que restauran las fuerzas y estrechan los lazos familiares y de amistad. Hablo del consumismo, que es una fiebre de tener todo lo que, siendo más o menos útil, es a menudo innecesario y hasta dañino.

Me dirán que en Cuba no hay consumismo, porque no existe la propaganda comercial, ni bienes de consumo para alimentar esas prácticas. Pero ha surgido entre nosotros un consumismo potenciado justamente por las carencias económicas, por el turismo, que actúa como agente de propaganda, por las películas, por algunas telenovelas, etc. Existe en el mundo una cultura consumista y nosotros no podemos sustraernos de ella negando a priori que ejerza su influencia aquí; como existe actualmente una cultura hedonista, o sea, del placer que se introduce por todas partes. Hablando con más exactitud pudiéramos decir que la cultura actual tiene, entre otros, estos rasgos: es consumista, hedonista y violenta.

Porque la violencia completa trágicamente el cuadro de la cultura presente como un acompañante indispensable y lógico: quien desea desenfrenadamente tener y no alcanza lo que quiere, roba y mata. Quien es un adicto al alcohol o a la droga usa la violencia para procurarse esos ingredientes y bajo el efecto de ellos se vuelve con frecuencia irresponsablemente violento.

En las películas que circulan entre los consumidores de videos el criterio de aceptación para un buen número de ellos es la cantidad de sexo y violencia que contenga el filme. en esto no quedan casi nunca defraudados, pues con droga, sexo, guerra, golpes a lo occidental o a la japonesa, crímenes y sordidez se construyen los pobres argumentos de muchas películas.

No nos engañemos, esa «cultura» está configurando la vida de los jóvenes cubanos, de ustedes, queridos jóvenes católicos, los que llevan tiempo en nuestra Iglesia o los que inician, por medio del catecumenado, su camino de fe. Esa pseudocultura entra en la familia, en la vida de la pareja, en sus criterios de felicidad para ellos y para sus hijos.

La larga y artificial división del mundo en bloques, reclamando los ideólogos de cada uno de ellos que el bien total se hallaba en su propia filosofía y en sus propios mecanismos de organización social, ha hecho que, al margen de los sistemas políticos vigentes, aparezca una cultura global autónoma, que encuentra en la insatisfacción del ser humano, especialmente de la juventud, un firme asidero. ¡Qué precipitada conclusión la de haber pensado hace unas décadas que el avance de la ciencia o el desarrollo económico o una particular formación ideológica podrían producir por sí mismos la felicidad que el hombre ansía!

Pero ¿tiene el cristianismo un proyecto de felicidad para el ser humano? «Quien quiera ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». Esa es la invitación de Jesús. ¿Puede el camino de la Cruz conducir a la felicidad? Jesucristo presenta un código de felicidad que contradice los postulados de la actual pseudocultura global.

Frente a la avidez de tener cosas, al gozo desenfrenado de placeres y a la violencia ciega, Jesús en el Sermón de la Montaña proclama dichosos a los pobres en el espíritu, a los limpios de corazón y a los pacíficos. Y expresa allí también la causa de su dicha: ellos serán llamados Hijos de Dios, verán a Dios, de ellos es el Reino de los Cielos. Ni más ni menos, Jesucristo pone la felicidad del hombre en su posibilidad de abrir su corazón a Dios. Pero, para poder «ver a Dios», vivir como hijos suyos y pertenecer a su Reino de paz y amor hay que desprenderse de muchas cosas que nos ocultan al Señor, de pasiones y placeres que ciegan los ojos del alma, de odios y agresividades que roban la paz del espíritu. Para esto hay que negarse a sí mismo, hay que abrazar el sacrificio, hay que clavarse en la Cruz. Y es así como esa Cruz te salvará de ti mismo, de tu egoísmo, de tu capricho, porque te liberará de esas insatisfacciones peligrosas que engendran toda clase de deseos. De este modo, la Cruz de Cristo se convierte en camino hacia la felicidad.

En verdad, «el hijo del hombre tiene que padecer» y quien quiera ser su discípulo debe aceptar con decisión tomar la Cruz y seguir a su Salvador. Pero ese padecer es el sacrificio liberador que restaura la paz del corazón y nos pone en camino de felicidad. Triste y doloroso es el padecer las consecuencias de las ambiciones propias o ajenas, las frustraciones por no poder disfrutar todo lo que quisiéramos, la crueles amarguras que el odio y la violencia dejan en nuestras vidas. Para que no padeciéramos todo eso, «el Hijo del Hombre tiene que padecer».

En esta Semana Santa los invito a revivir en la oración el camino de Jesús, a través de la Cruz, hacia la Resurrección y la vida, acompañándolo en su entrega para participar también de la felicidad de su triunfo sobre el mal y la muerte.

Con votos anticipados de una feliz Pascua de Resurrección, los bendice su Obispo.